

CLAVES

AGOSTO 2012

Salta - año XXI - Nº 212 - Precio \$5.-



Raúl Brié

Balconeando

*La ciudad de Buenos Aires
y la Nación Argentina.*

Santiago Rebollero

Ollanta Humala al cabo del año

Gustavo Barbarán

Juan Bautista de América. El Rey Inca de Manuel Belgrano

Martín Miguel Güemes

Manuel Castilla (en el verano sin fin de la poesía)

Aldo Parfeniuk

La copla, hoy

Santiago Sylvester

In Memoriam Héctor Tizón.

Rodolfo Alonso

Historias de Titiriteros «Vuelo»

Gabriel Castilla

Reinvenciones nacionales y liberaciones emergentes

Zulma Palermo

Balconeando... por Santiago Rebolero

La ciudad de Buenos Aires y la Nación argentina.

En unas conferencias dictadas en la Universidad del Litoral por Tulio Halperín Donghi, en el año 2004 y con posterioridad reunidas en un folleto editado por la misma casa de estudios, se alude a tres proyectos fundamentales para el futuro de la Argentina en su época constitucional. Alberdi, Sarmiento y Mitre, son, según Halperín, los que ofrecen, luego de la caída de Rosas; las posibilidades de crear un país moderno, aunque diferían en cuanto al camino a seguir para conseguirlo. Para Sarmiento eran necesarios dos instrumentos imprescindibles: educación y tierra para todos. Para Alberdi el progreso ha de lograrse mediante la inmigración, que significa poblar el desierto, y la educación destinada a adquirir las aptitudes industriales que junto al capital extranjero centrarán las bases de la «república posible» que permitirá arribar a la «república verdadera» luego de esa etapa de transición. Tanto para Sarmiento como para Alberdi, el cambio era necesario y el destino del país se jugaba en esa posibilidad de transformación. Para Mitre, en cambio, la ciudad estado estaba en el buen camino. Constituía una sociedad que podía arribar a un destino similar al de las civilizaciones europeas. Bastaba con proseguir el camino emprendido y afirmar las instituciones que la constitución del '53 había ordenado, aún con las limitaciones de su cumplimiento efectivo. Mitre teoriza sobre este tema desde el prólogo a su Historia de Belgrano, al hablar de una sociedad excepcional, no colonizada por la Conquista sino civilizada por el comercio. Halperín cita la famosa frase de Mitre 'La civilización avanzando en cuatro patas' en respuesta a lo que Sarmiento había llamado 'la barbarie pastoril'.

Los caminos de nuestra historia enfrentaron fundamentalmente las posiciones de Alberdi y de Mitre, ambos participaban del credo liberal en boga en la época, pero ambos tuvieron papeles distintos y contradictorios en los años que siguieron a la caída de Rosas. Buenos Aires y el interior del país se enfrentaron, luego de sancionada la constitución en batallas campales y conflictos diplomáticos, hasta llegar, la provincia de Buenos Aires, a constituir un estado propio, y se presentó como una nación independiente ante las potencias europeas y el resto de los países latinoamericanos. Luego de Pavón, ya con Mitre como presidente de la Confederación argentina, se realizaron campañas de exterminio sobre los caudillos federales del interior y se produjo la inicua Guerra del Paraguay. El último alzamiento de un caudillo del interior, López Jordán, fue obra de los Remington civilizadores con que Sarmiento había dotado al ejército nacional. No cabía duda de que Buenos Aires había impuesto su hegemonía sobre el resto de las provincias. Las cláusulas constitucionales que permitían una igualdad legal, no fueron obstáculos para ello.

En 1880 el ejército nacional comandado por el general Roca, derrotó a Carlos Tejedor al frente de las milicias de Buenos Aires, y el presidente Avellaneda fijó los límites de la ciudad capital federal. La nacionalización de la Aduana provincial, que había sido uno de los objetivos económicos de la Constitución del '53, parecía cumplida. Sin embargo la profecía de Alem refiriéndose a la muerte del federalismo por la decapitación de la provincia más importante, se cumplió de forma inexorable. Entre 1869 y 1880, el 45% de los inmigrantes se radicó en Buenos Aires. En 1895, era el 53%, y el 46% en 1909. Los indios sometidos en la Campaña del Desierto, y los viejos soldados que habían participado en nuestras luchas civiles, poblaban los arrabales de la ciudad o formaban parte de las maquinarias electorales de los partidos que se disputaban el poder político. El inmigrante, impedido del acceso a la tierra como propietario, habitaba una ciudad cuyo crecimiento exigía mano de obra poco calificada, y que las tareas agrícolas no podían absorber. Ferrocarriles, puertos, transporte, imprentas, ocupaban a ese aluvión migratorio. En 1904, hubo en Buenos Aires una huelga de inquilinos debido al hacinamiento en conventillos insalubres, y el aumento de los alquileres. En 1910 se celebró el centenario, y pocos recuerdan que fue conmemorado bajo el estado de sitio que decretó el gobierno nacional.

En estos últimos tiempos, ni siquiera se tomó en cuenta la iniciativa del Dr. Alfonsín de trasladar la capital a Viedma. Para colmo de males, nació el engendro de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, cuyo gobierno, como era de prever, tiene permanentes conflictos con el gobierno nacional. Un conurbano que triplica la población de la capital, con habitantes que trabajan, en muchos casos, en la misma ciudad, y que constituyen una frontera entre la Ciudad Autónoma y la Provincia, y son el semillero constante de enfrentamientos jurisdiccionales. La historia de la ciudad de Buenos Aires y su desarrollo no ofrece soluciones a la vista. Pero es imperioso resolver sus problemas. No resolverlos a tiempo podría hacer dramático e incontrolable su desenlace.

Ollanta Humala al cabo del año



Gustavo Barbarán

«Encasillarse es la trampita: si me dices izquierda o derecha, yo te digo que soy de abajo. Aquí hay un nacionalismo integrador que busca unir la Nación y desarrollar al país, unir al Perú. Pónganme el mote que quieran» (OH, declaraciones a la prensa al cambiar gabinete en diciembre de 2011)

El autor de esta columna visitaba Lima cuando Ollanta (el Guerrero que todo lo ve en quechua) cumplía el primer año de su presidencia. En julio de 2011 nos habíamos preguntado «¿Cuál Humala asumirá la presidencia?», atento a los antecedentes del ex militar -devenido en político de meteórica carrera- y en función de sus propuestas de campaña. La frase del epígrafe lo define y, aunque la gestión no discorra por cauce tranquilo, el caso peruano merece seguirse con atención pues es como una síntesis de todas las amenazas que presionan a nuestra región junto, también, a todas las oportunidades de redención a nuestro alcance.

Ollanta Moisés Humala Tasso bajó su popularidad a los seis y a los doce meses de asumido, y

en ambos momentos debió cambiar dos presidentes del Consejo de Ministros: en diciembre cayó el empresario Salomón Lerner (conciliador y dialoguista, designado para calmar a un empresariado retirado Oscar Valdez, antes Ministro del Interior, un mano dura reemplazado ahora por el Ministro de Justicia y Derechos Humanos Juan Jiménez Mayor. Tales cambios no fueron fáciles ni gratuitos².

A esta altura del mandato, los antecedentes de Humala no pesan tanto frente al desafío de desactivar 178 conflictos sociales desparramados por todo el territorio. Mientras, la gente espera la concreción de la principal consigna de campaña, la Gran Transformación, pensada para achicar asimetrías en un cuerpo

social agobiado por la pobreza, corrupción, baja calidad institucional, nar-co tráfico, guerrilla. No obstante, está aceptada cierta visión que percibe un proceso político sostenido por las sucesivas gestiones: la macro-economía despegó con Alejandro Toledo; luego un «renovado» Alan García tuvo su segunda oportunidad y apuntaló esa tendencia con un fuerte crecimiento del comercio exterior. Paradójicamente, ambos se fueron con popularidad por el piso. Le tocaba, pues, a OH disminuir la inequidad mediante un Ministerio de la Inclusión Social, en cuyas bambalinas opera con sagacidad Nadine Heredia³, su agraciada esposa, a su lado desde la insurrección de Locumba (departamento de Tacna) contra el régimen de Fujimori, en octubre de 2000, protagonizada por Ollanta y su hermano Antaura⁴.

Habíamos dicho en la citada nota anterior que una de las grandes apuestas de Perú para el largo plazo era la minería⁵, pero tal como acontece en varios países de la región, numerosas poblaciones se han levantado en su contra. Hoy por hoy, la producción minera es decisiva para el país. ¿Cuánto tiene que ver en el actual ánimo colectivo los siete muertos de la revuelta de Cajamarca?

Yanacocha es el emprendimiento más grande de Suramérica para extraer oro en la región de Cajamarca, por medio del Proyecto Conga. Intervienen como accionistas principales la norteamericana Newmont Mining Corporation y la peruana Compañía de Minas Buenaventura. A pesar de las consabidas audiencias públicas, no se logró el apoyo de los pobladores de las provincias de Cajamarca, Celendín, Hualgayoc y otras. La tensión fue *in crescendo* al no poder justificarse el posible uso de la Laguna Azul: entre agua y la gente optó por lo primero. La revuelta popular fue indetenible y la región declarada en estado de emergencia por el gobierno central a principios



de julio, instalando en ella tropas del Ejército.

El presidente regional de Cajamarca, Gregorio Santos Guerrero, del Movimiento Nueva Izquierda (el más importante del país en esa ideología), es la principal oposición a Humala. La mitad de Perú reclama el cese de la emergencia, pero todo indica que seguirá prorrogándose, no obstante la intervención de dignatarios católicos como facilitadores del diálogo... que ambos bandos bloquean de algún modo.

La irreductibilidad de Santos Guerrero destapó una debilidad institucional, ya que no están claros los límites de la autoridad regional. Así lo declaró el propio presidente del tribunal Constitucional de Perú, Ernesto Álvarez, para quien hace falta introducir en la Constitución un mecanismo de control político sobre los gobiernos regionales, que no es poca cosa.

Al igual que Bolivia, Perú también sintió la necesidad de descentralizar conceder a las distintas jurisdicciones políticas. El art. 43 de la Constitución Política del Estado establece un gobierno unitario, representativo y descentralizado. Esto último tardaba en concretarse, hasta que se encaró con una ley de regionalización. En la actualidad hay 25 regiones, que coinciden con los 24 departamentos

(equivalentes a nuestras provincias) y la provincia constitucional del Callao. Tal proceso fue puesto en marcha con la reforma constitucional de 1979 en tiempos de Morales Bermúdez. La iniciativa se frenó como consecuencia del autogolpe de Fujimori en abril de 1992, hasta que en la presidencia de Toledo se convocó por vez primera a elecciones regionales. Hasta hoy el sistema no termina de adaptarse a las necesidades político-institucionales del país.

Sin perjuicio de las protestas sociales (cada vez más habituales en Perú y el resto de Iberoamérica), nada hace suponer que el presidente modifique 180° el rumbo trazado por sus antecesores. Por eso en la campaña prefería ser comparado más con Lula que con Hugo Chávez. El impresionante crecimiento de la última década se frenará por los conflictos sociales, por la desaceleración de la economía mundial y, aunque cueste creerlo, por los efectos deletéreos del Fenómeno del Niño, que ocasiona trastornos climáticos obviamente inmanejables e inciden en la actividad productiva.

Lo cierto es que, sea por los conflictos sociales, por el comportamiento de la corriente del Niño o por la desaceleración de la economía mundial, los años que le restan a OH

no serán nada fáciles. Y el guerrero que todo lo ve, parece estar mirando más el árbol que el bosque.

Nota: esta nota se puede leer en www.gebarbaran.diri.blogspot.com.ar

(Notas)

¹ La desaprobación popular llegó al 51% en julio de 2012 (47% en diciembre anterior), muy alta si se compara con el 52% de votos que obtuvo la alianza Gana Perú en la segunda vuelta del 5 de junio de 2011. Tuvo un repunte en enero-febrero y la desaprobación bajó al 36%. La crisis de Cajamarca lo mantiene en la actual encerrona.

² Por caso, la crisis de diciembre se llevó el apoyo de Perú Posible, partido cuyo líder, el ex presidente Alejandro Toledo, decidió sacar del gabinete a dos de sus representantes que ocupaban las carteras de Defensa y de Trabajo.

³ Nadine da para una nota entera. Teni a 24 años cuando lo de Locumba. Desde entonces es el sostén de la carrera política de su marido. El tiempo dirá si se transformará en una Eva o una Hillary.

⁴ El episodio parece lejano, sin embargo fue el inicio de la proyección política de los Humala. Los hermanos tuvieron suerte, pues Fujimori cayó cuando ya no tenían cómo sostener su insurrección. Ollanta fue conocido en todo el país y quedó como salvador del honor del ejército. Para sacárselo de encima, en tiempos de Toledo fue enviado como agregado militar a Francia y Corea. Pasó a retiro en diciembre de 2004, en 2006 ya era candidato presidencial por el Partido Nacionalista Peruano, cumpliendo entonces contra Alan García, que le ganó en la segunda vuelta. Toda una performance.

⁵ Perú es el primer exportador mundial de estaño, oro, plomo y zinc, segundo en cobre y plata.

Juan Bautista de America. El Rey Inca de Manuel Belgrano

Martín Miguel Güemes

Un 12 de Noviembre de 1819 el Soberano Congreso de las Provincias Unidas «del Rio de la Plata» aprueba un proyecto para establecer una monarquía constitucional en nuestro país. Este Congreso no era el mismo que había declarado la Independencia de las Provincias Unidas de Suramérica, en Tucumán, el 9 de Julio de 1816. En cuyas actas (robadas por ingleses) - como mandato de futuro - se remarca que la independencia era de «España y de toda dominación extranjera».

En Enero de 1817, iniciado el Cruce de los Andes por el Libertador José de San Martín, ante el avance español sobre la Intendencia de Salta; el Congreso se traslada a Buenos Aires, alejándose del peligro. Lejos de la influencia andina, continuó sesionando y entre sus principales objetivos se encontraba el de hallar una forma de gobierno adecuada a los intereses portuarios y exógenos. Acorde a la legitimidad europea en boga. Sea esta francesa, inglesa o española. La idea de establecer una monarquía venía siendo ampliamente discutida por los patriotas arribeños (Altoperoano y norteños) y abajeños (litorales y porteños), desde antes de la Revolución de Mayo, en Chuquisaca (1809) y Buenos Aires (1810). Entre sus partidarios se encontraban algunas de las más importantes personalidades del momento como Manuel Belgrano, José de San Martín, Martín Miguel de Güemes, Juan Martín de Pueyrredón, partidarios de la Monarquía Constitucional temperada en cabeza de un Inca, y con Capital en el Cuzco. Rivadavia, Carlos María de Alvear, y epígonos, propiciaban un príncipe europeo. Una de las razones en las que se apoyaba la instauración de una monarquía, era que los países europeos

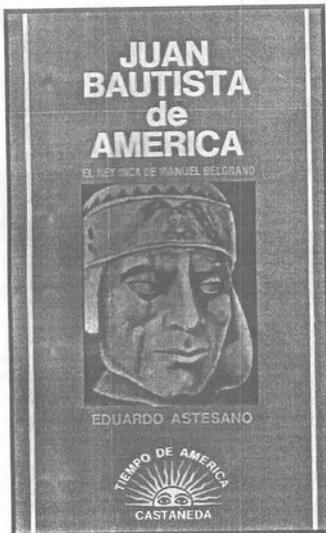
veían con desconfianza la anarquía del país (creada por el centralismo porteño, prepotente ante las provincias interiores) y solo prestarían su apoyo si se elegía un rey. ¿Quién debía ser el rey de las Provincias Unidas? Hubo muchas propuestas y entre ellas figuraba Carlota Joaquina de Portugal, una dama ambiciosa y apasionada que se ofreció para el cargo, contando con el apoyo de un sector criollo minoritario. La resistencia al Carlotismo, desencadenó el fuego que no se apagó jamás. También se buscó un príncipe en Londres, y un portugués que debía casarse con una princesa incaica. En ese año 1819, los congresales

tenían como candidato al trono al duque francés De Luca, a quien apoyaba el gobierno, de su país. La propuesta fue aprobada por mayoría, aunque el personaje no parecía reunir las condiciones necesarias para semejante puesto. El proyecto murió en el mismo momento en que nació porque la mayor parte del pueblo rechazaba la idea de la monarquía extranjera. Antes de esta resistencia popular, hubo un proyecto minimizado por la historiografía académica, y olvidado por el revisionismo rosista, que encarnaba la voluntad de los pueblos andinos de rescatar y

potenciar su originalidad terruñera. Ese proyecto tuvo un personaje central, llamado: Juan Bautista Tupac Amaru, que el próximo 2 de Septiembre se cumplirán 185° años de su muerte. Su biografía, su rescate histórico, fue realizada por el Dr. Eduardo Astesano, en una notable biografía bifronte (donde también estudia el pensamiento revolucionario del Dr. Manuel Belgrano). Astesano, creador de un nuevo revisionismo histórico, integrativo del mundo indígena, hispánico, gaucho - criollo, muere en Buenos Aires el 19 de Agosto de 1991. En Claves, Octubre de 2009, publicamos un extenso artículo sobre su pensamiento histórico. Lo titulé: *Eduardo Astesano, el camino de una nacional*, quien quiera tener más información sobre su trayectoria puede recurrir al mismo. En su homenaje, y en el de su biografiado Inca, transcribo esta primera parte de su libro.

Prólogo a una Tumba olvidada de la Recoleta por Eduardo Astesano.

Fue un día predestinado. Sentado a la sombra centenaria del gran árbol gomero de la plaza, meditábamos largamente. A cincuenta metros, a nuestras espaldas, reposaba, en el tradicional cementerio, un cadáver ilustre y al mismo tiempo desconocido y olvidado. Nos levantamos lentamente para avanzar, casi tocando las extendidas ramas, hacia la antigua Iglesia del Pilar, íbamos a descubrir casi un secreto. Entramos en la oficina municipal del cementerio, y nuestro pedido del libro de entierros del año 1827 pareció inusual y casi extemporáneo. Debajo de un largo mostrador alguien sacó un grueso cuaderno de tapas duras comidas por el tiempo. La emoción nos hacía vivir esa lectura de nombres.



**ACCESORIOS del NORTE
SALTA S.C.**

Mendoza 1464 - Tel/Fax:(0387) 421-6080 - 4400 - Salta

Algunos chicos, o negros esclavos, reclutados por la muerte. Pero allí surgió, con esa tinta agrisada de archivo, su nombre completo. Si, era cierta la información que recogimos en Lima, cuando accidentalmente compramos sus «Memorias» anotadas por un grupo de historiadores peruanos. «Juan Bautista Tupamaro» había sido enterrado en la Recoleta de Buenos Aires el 2 de Septiembre de 1827. Más nadie pudo indicarnos donde se encontraba su tumba. A la entrada del cementerio, partiendo del Mausoleo de Facundo Quiroga, pudimos ubicar algunos túmulos de ladrillos viejos, en que las lluvias han hecho ilegible toda inscripción. En uno de ellos estarían sus restos, y nuestra decisión tomada de reconstruir su vida. Las sonoras declaraciones de nuestro Himno Nacional, «Inca samannasminpis cuyrinmin» («Se conmueven del Inca las tumbas»), vinieron sorpresivamente a nuestra memoria. Mientras nosotros dábamos vigencia cierta a la del Inca Juan Bautista, noticias periodísticas anunciaron que el historiador peruano Daniel Valcárcel había localizado los restos de su hermano «Joshela Gavichu Huámaj Inca», (José Gabriel, 1º, Inca).

Después vino el torbellino de las ideas y las indecisiones. Desde hace varias décadas nos habíamos volcado en la paciente tarea de la investigación documental para revisar la personalidad del general Manuel Belgrano, cabeza política de la Revolución de Mayo, y su propuesta de un rey Inca, tan discutida, se nos aparecía como la gran incógnita a dilucidar. Nos decidimos entonces a hacer un paréntesis, para concretar este capítulo intermedio, difícil, de su larga trayectoria política. Y en la práctica, por imperio de los documentos y los libros disponibles, hemos terminado una biografía bifronte, que comprende dos vidas, en sucesivas generaciones: la de Juan Bautista Tupac Amaru y la de Manuel Belgrano. Claro que en el transcurso el lector verá sólo un mismo proceso de liberación americana, matizado de ideales indigenistas de solidaridad social, revividos por el levantamiento peruano de 1780, que tomó como centro el Alto Perú, con



Eduardo Astesano junto al autor de la nota Martín M. Güemes.

ideales monárquicos o republicanos a la moda europea, crecidos por la subsiguiente revolución criolla portuaria de 1810. Ya veremos que el Congreso de Tucumán fue una importante tentativa de plasmar una nueva Nación Americana, manteniendo unidos los dos procesos polares, el del altiplano y el del puerto, y Juan Bautista fue sin saberlo el hombre del destino de esos altos designios políticos, primero de su hermano José Gabriel en 1780 y después Manuel Belgrano y los patriotas que lo rodeaban en el Tucumán de 1816.

Nuestro punto débil al partir era Juan Bautista. El pequeño folleto de sus «Memorias» escritas en Buenos Aires alrededor de 1825, en la casa de su protector, Juan Bautista Azopardo (hoy Corrientes y Cerrito, casualmente frente a nuestro Obelisco), fue nuestro libro de Bitácora, cuando tomamos la decisión de visitar los numerosos lugares donde transcurrió su enorme tragedia. Caminamos por los lugares y la tierra que había pisado y mediamos en otros donde se acumulaban sus duros recuerdos. Estuvimos en una aldea indígena del Alto Perú como Tungasuca, con su feria clásica, en la que el único cambio parecía ser un destarlatado ómnibus, donde se cargaban canastos y cajones; nos detuvimos en la Plaza central de Lima con su grandiosa Catedral y el supuesto cadáver de Pizarro; contemplamos la famosa fuente del Siglo XVII del Centro de su Plaza Mayor; visitamos una antigua casa de dos pisos donde pernoctaban los

hermanos Tupac en sus visitas a la capital virreinal; cruzamos el viejo Rimac con su pequeña iglesia Rosada y el teatro de la Pericholi; recorrimos el Fuerte del Callao, en cuyos sótanos estuvieron varias generaciones de americanos. Ninguno de los lugares en que vivió y sufrió Juan Bautista, quedó fuera de nuestro enfoque, porque estábamos dispuestos a reconstruir su grandiosa epopeya.

Así pasamos por Montevideo y Río de Janeiro y de allí saltamos a Dakar, con su isla de Goré, donde se concentraban los esclavos que salían para América. Llegamos a España: Cádiz, Sevilla y Algeciras, y cruzamos a Ceuta, en el Marruecos español, donde, detrás del guía árabe, penetramos por la antigua ciudad amurallada, su Cashbá, y subimos al centenario fuerte portugués en la cumbre, frente a Gibraltar, donde Juan Bautista desgranó en silencio cuarenta años de su vida de preso. Volvimos a Buenos Aires y nos paramos frente al lugar que ocupó la casa de Azopardo, y en el emplazamiento del antiguo Hospital de los Bellemitas. Completamos el itinerario avanzando hacia el norte, hacia el Tucumán del Congreso, donde descubrimos otros tantos mojoneros de la vida dolorosa de este gran perseguido; estuvimos en Zapla y Palpalá, hasta donde llegó la sublevación indígena en 1780, y recorrimos los Altos Hornos donde convivieron hoy cinco mil descendientes de esos indígenas. Estuvimos en Tucumán y Salta buscando la documentación que probaba la presencia de las recuas de mulas de los hermanos Tupac, que en el

«camino del Inca» descendían por la Quebrada de Humahuaca, cortando hacia Chile, en el extraño pueblito varias veces centenarios de Purmamarca.

En el desaso de dar al lector una síntesis previa de nuestro trabajo, recordamos los inmortales párrafos de Héctor Pedro Blomberg, que recorrió, antes que nosotros, esta ruta de reivindicación histórica: «Aquí dan término las Memorias de Juan Bautista Tupac Amaru. Acabó de escribirlas en Buenos Aires a los ochenta y cuatro años de edad... ¡Qué profunda emoción hay en estas páginas que aquel inca de cabellos blancos escribía en su resignada y melancólica vejez, enfermo y solitario, después de haber visto morir en el tormento a todos los suyos, él, que sobrevivió al torrente de sangre de 1781, para arrastrar ocho lustros de su vida miserable en trágico y dilatado cautiverio, en el cual, mientras avanzaba la vejez sin esperanza, mientras blanqueaban sus cabellos y cambiaba el destino de los pueblos, oía resonar en el fondo de las mazmorras las voces desvanecidas del pasado terrible!... Oyó desde su tumba viviente el fragor de la Revolución Francesa; sus compañeros de cadena le contaban cómo los pueblos de América marchaban hacia la libertad; los capellanes de los presidios; quizá conmovidos ante el inmenso dolor de aquel indio de sangre imperial, iluminaron su corazón con las palabras del evangelio, y volcaron en su pobre alma el mensaje de Jesús... Ningún Byron ha contado todavía la larga tragedia del Inca en cadenas, alónito y solitario, sintiendo siempre presente ante sus ojos la visión ensangrentada de su hermano José Gabriel, descuartizado vivo, viendo desfilar en las noches interminables de cuarenta años, bajo las estrellas de África, los espectros sangrientos de sus padres, de sus hermanos y de sus hijos, soñando, desde el fondo de los remotos presidios, con las sagradas riberas del Titicaca y con la gloria desvanecida de los hijos del Sol.»

A ti, Juan Bautista, en el ciento cincuenta aniversario de tu paso a la inmortalidad.

Purmamarca, 2 de Septiembre de 1977



Bodega y Viñedos

Comercializa y distribuye; Distribuidora FV - España 674 - Salta - 4400
Tel/Fax: 0387 - 4220066 / 4373060
casamoderna@hotmail.com

A 32 años de su desaparición (18/07/1980)

Manuel J. Castilla

(en el verano sin fin de la poesía)

Aldo Parfeniuk

(V°. Carlos Paz, 1993/2012)

«...De nadie sé que haya alcanzado a nominar las cosas desde el impulso mismo que las crea. ¿Cómo sabe del silencio de la noche, de ese instante atemporal de absoluta quietud, en que el mundo se frena y ni respira? ¿Cómo es que se le impone a los sentidos la más insignificante cosa, hasta el pequeño inadvertido, doméstico suceso del hombre, cualquier hombre?..»

María («Negra») Saleme de Burnichon
(contratapa de *El verde vuelve*, Córdoba, 1970)

«Qué lindo para el verano cuando principia a llover todos los árboles viejos vuelven a reverdecers»

Bajo los veloces y cambiantes cielos sudamericanos (como estos de aquí y ahora sobre su Córdoba amiga), el hombre alzaba su voz maravillada y lo nombraba. Era el verano.

Con punto de partida y arribo en Salta, durante largos años lo persiguió. Lo presintió nacer; lo vio erigirse y hermosamente morir en los cerros; y en la selva; y en el monte. Y en la puna alta y lisa. Hasta que su barba andariega y parlante hizo, contra el tiempo, otro verano. Un verano sin fin, en la poesía.

Desde ahí le pedía:

«(...) Dame tu aliento animal. Tu viejo semen quieto / y poderoso. Tu derroche vital sobre las flores carnosas y / esplendentes, tu barba de enredaderas trepadoras,



tu arrugada dulzura blanca en las chirimoyas y los perfumes donde te apoyas levemente como si recordaras despedidas antiguas.»

Desde entonces -desde los libros del poeta Manuel J. Castilla-; desde esos poemas tramados con el excesivo tamaño y el énfasis de un paisaje continental desmedido en voces y silencios, ese verano ya es nuestro. Ya es de todos. Siempre. El le llamaba «Padre Verano»:

«(...) Y me vienen los pájaros y el helecho y el viento, todo lo que te nombra y te trasciende y muere sin embargo, para volver de nuevo a / festejarte. Padre verano. Dame lo que en tu pulso me hace llorar a veces / de alegría. Eso que yo no sé de dónde viene hasta mi corazón / como una fábula

y me deja las manos llenas de un fresco asombro»

Juntador de los jugos y los frutos, y de los tantos colores y sombras que uno mira crecer en su desbordante herbolario.

El verano. Apareador de bichos y de fieras, fundador de hermandades -poemas y vinos mediante- : esa extensa nómina de amigos sin cuyos nombres el nombre de Manuel suena tan distinto. Y dueño y señor de ese otro rito, tan bello y bárbaro, todavía, en su irrupción latinoamericana. El carnaval: la mágica fisura en el tiempo que da a un *sin-tiempo* donde el hombre se reencuentra planta, y flor, y animal, y música, y grito suelto... Y muerte también; pero muerte que se hace vida. Para volver a morir, y renacer otra vez, *«justito al año cabala»*

«Cuando muera el carnaval no vaya que se despierte chupando alguna algarroba en la boca de la muerte»

según la copla que el poeta pone en la boca de un hombre del Chaco en *De solo estar* (1957)

«Suelo sentir la vida echándose en mis hombros...»

Poeta de los mitos entrañables de la América cobriza y con tonada, que es decir los mitos del hombre sobre la tierra, Castilla dice de manera excluyente la vida. En toda su furiosa verdad y alta belleza.

La vida, repitiéndose con los ciclos regenerativos que hacen eclosión cuando es el verano; porque no puede haber vida si no hay verano: esa es su coronación.

No puede haber aguas, ni plantas, ni pájaros, ni bestias, ni hombres...Ni carnaval: el alma inagotable de Dionisos bajo las pieles de los tigres y las máscaras chivunas o adiabladadas con las que se aparece por estas comarcas. Con la harina y la albahaca, y la chicha y el alcohol y la coca, y la quena y la caja... Y la copla, antes y después. Siempre la copla: también muriendo en una boca para nacer en la otra:

« Qué lindo cuando me muera y me lleven al aujero encima crezca un poleo y estén cantando los teros»

Vida que lleva a la muerte y muerte que lleva a la vida. Es posible afirmar que sin la elemental ecuación no habría habido Castilla. No habría habido ese poeta que el argentino latinoamericano de tonada y piel curtida siente que dice lo más íntimo de lo que su alma piensa en silencio; que lo expresa en lo más propio, junto a unos pocos nombres más, entre los que figuran Franco, Pedroni, Dávalos, Ortiz, Yupanqui, Tejada Gómez, Escudero, Bustriazo... bebedores insociables de las savias de un pueblo que los guarda en lo más entrañable y los multiplica en recuerdos y canciones; y que los tiene más cerca del corazón que de los razonados argumentos que defienden a poéticas

y movimientos estéticos de turno; esos que la mayoría de las veces sólo sirven para dar trabajo a profesores y críticos. Y para mantener la parcela lírica del «campo» literario en manos de esos pocos que se reparten los escasos beneficios.

Verano y carnaval, en tanto términos movilizadores de las más recónditas, elementales pulsiones de la vida, aparecen ya en los escritos iniciales del poeta. En *Agua de lluvia* (1941), su primer libro; o en *Copagira* (1949). Timidamente al principio; decididamente después -como en *La tierra de uno-* hasta volverse motivos obligados y obligantes -fatales diría- en las obras consumadas, definitivas de la madurez -*Cantos del Gozante*, *Triste de la lluvia*- Y la última publicación hecha en vida: la plaqueta *Cuatro carnavales*, momento en que el círculo de la vida y la muerte -el destino, en suma- cumple el cierre cíclico que une las oposiciones para generar un nuevo proceso, contenedor y superador del anterior: si no en la vida física, en la vida literaria, artística de quienes lo continúan.

«Con la muerte y la vida
Con las dos florezco...»

Pero Castilla sabe, y nos enseña (según ya lo dije en otro texto sobre su poesía) que la vida no es nada si no es gozo compartido. Y así como su poesía contiene un herbolario y un bestiario americanos por cuyos miembros latén, ciegas, las fuerzas de la naturaleza, hay en ella también un ancho espacio reservado a la amistad, a la hermandad de los hombres: un auténtico *fraternario* que no termina con la vida: «*Qué lindo cuando muera y vengan mis amigos a mirarme los ojos...*» dirá en un célebre texto, haciendo pie en una copla popular, en *Cantos del Gozante*.

Esa amistad filial es un motivo -decisivo para Castilla- sin el cual toda vida humana carece de sentido. Sobre todo en provincias, donde el trato directo y la inmediatez entre seres y cosas definen las relaciones. Amigos que son destinatarios expresos o protagonistas de muchos de sus poemas: lo cierto es que a la cabeza o dentro mismo de los textos, el lector ya no los podrá pensar, sentir, fuera de la totalidad del poema.

Nombres que se hacen sustantivo, adjetivo o verbo, entre palabras que el decir del poeta muchas veces resquebraja en su ejercicio de meterles contenidos inominados, tensiones y presiones de insondable magnitud o

inmensurable espesura.

Entre ellos, sujetos pasivos de la vida ordinaria pero activos en la de la poesía, la Mama Lola, el «*padre, adiós perdido entre los trenes*», el hermano Ricardo; Ana y Ester: «*tías del alma*»; y Juan Carlos Dávalos; Gertrudis Chale; María Adela Agudo; Raúl Galán; el gaucho Don Balla Guzmán; el poeta tarifeño Octavio Campero Echazú; el cumpa Pajita García Bes; y el mejor editor y promotor de su poesía: Alberto Burnichon, entrañable compadre cordobés de tantos días y noches y libros juntos, eliminado físicamente por los esbirros de la Junta Militar del 76, a quienes un Castilla desolado les recordará:

«(...) El hombre que ustedes han matado amaba la poesía. Cuando ustedes aún no habían nacido los pies de este señor iban por todos los pueblos de Argentina dejando en cada uno la voz de los poetas. Esos versos llevaban sus ganas de justicia y de mostrar belleza.»

«(...) Tenía, como ustedes, hijos, mujer y un techo que también le han derrumbado y libros de aprender a ser gente» Y sigue recordándolo:

«(...) Yo lo recobro ahora, húmedo en yuyarales.
Mi mano le despeina como a un niño dormido.
Miro su portafolios abierto en donde caben todas las sorpresas del mundo, fotos de sus amigos pintores y escultores saliendo entre las pruebas de algún libro de versos»

«(...) Se iba quedando siempre que se iba.
Por eso estaba con nosotros, ausente. Nos quería en silencio.
A Wernicke, a Galán, a Lino Spilimberg y a Alonso Luis Víctor Outes, Bustos, le arrojaban el corazón cuando Rolando Valladares triste, andaba en las vidalás»

Para terminar diciendo: «(...) Va cielo arriba, en Córdoba, solito...»

Va cielo arriba Burnichon, en la poesía. En medio de esa otra vida, la del verano infinito, que el poeta Manuel J. Castilla urdiera para siempre bajo estos apacibles y violentos cielos sudamericanos.

CONCEJO DELIBERANTE DE LA CIUDAD DE SALTA

CONCEJO DELIBERANTE DE LA CIUDAD DE SALTA

Construyamos juntos
el camino a una Ciudad mejor.

Avenida República del Líbano 990
Tel: 0387-4233680 • 0387-4233552 • 0387-4232929



Manuel Ugarte

Manuel Ugarte cerraba así su Manifiesto (1927) un par de décadas después de las celebraciones del centenario, cuando el s. XX empezaba a transitar sus primeros decenios. Transcurridos ahora cien años más desde esa demanda, seguimos padeciendo los mismos males –acrecentados– que en aquel momento denunciara el intelectual argentino. Si la dolencia sigue vigente es, sin duda, porque su origen no ha sido extirpado. Por lo tanto, es dable entender que los diagnósticos que se fueron concretando y los tratamientos que se intentaron aplicar no fueron acertados. Por eso se hace imperioso prestar atención a proyectos que responden a la situación actual de América Latina desde una semiosis «otra» del cuerpo social.

En los inicios de este siglo XXI, portador de nuevas rupturas y de esperadas crisis, emergen en toda la extensión de América –y del sur del planeta– síntomas de que algo diferente está ocurriendo, que la experiencia de esos dos siglos no ha sido vana y que urge pensar desde esas transformaciones que –a pesar de ser aisladas e incipientes– van dando muestras de una concepción distinta de nociones centrales y de sus prácticas, para el funcionamiento social: «democracia», «participación», «equidad».

Los movimientos sociales que han hecho posible tales diferencias no se apoyan ya en acciones «revolucionarias» ni instituyen «independencias» artificiales, sino que se proponen como búsquedas y acciones liberadoras tendidas a hacer del planeta un lugar donde se pueda vivir en la multiplicidad de la deferencia, a través de una política y una ética centradas en la decolonialidad. Para ello es necesario analizar críticamente el pasado porque esto es –como decía hace ya mucho tiempo Octavio Paz– «... una prueba de salud [ya que] una sociedad que se examina, se niega y absorbe sus negaciones, es una sociedad en movimiento» (1975: 175).

Revoluciones e (in)dependencias

Si, como asevera Ugarte, «el pasado ha sido un fracaso», intentemos volver a él

para comprender su fundamento en algunos «momentos decisivos» de rupturas «revolucionarias» desde tres órdenes: el de la instauración de un tipo de poder político, de una forma única de conocimiento y de constitución del «ser»; órdenes generales e impuestos como universales por la modernidad occidental, órdenes constitutivos de la colonialidad².

Partamos, entonces, de la noción «revolución» en cuyo núcleo semántico prevalece la idea de estallido, de destrucción de lo preexistente para la instalación de un «orden» distinto –se supone mejor– que aquel que se ha hecho estallar; esta revulsión de lo dado no puede sino estar impulsada socialmente, en tanto es el conjunto comunitario el que la pone en acción por agotamiento e insuficiencia de las condiciones vitales vigentes. Y es política porque busca modificar o suspender las conductas y las instituciones en las que se sostienen.

Por lo tanto, las revoluciones que tuvieron como efecto la «independencia» de los pueblos latinoamericanos pertenecientes a los imperios europeos, buscaron romper con el orden colonial para instaurar otro distinto y, como efecto de ello, dar lugar a la formación de naciones independientes, tal como las imaginaron –desde distintos lugares de enunciación y en el tiempo– Francisco de Miranda, Simón Bolívar, José de San Martín, José Martí (Cfr. Pérez Zavala, 2008). Sin embargo, la ruptura que llegó a producirse en el orden político institucional no cortó con el poder colonial que dejó vigentes las estructuras de la sociedad precedente en los tres órdenes que nos interesan. El poder monárquico se trasladó a una burguesía comercial, es decir, ya claramente investida de los valores económicos de mercado, y el poder del saber quedó en esas mismas esferas, miméticas de la epistemología eurocentrada y descalificadora de la producción de otras formas de conocimiento en otras localizaciones; ambos, a su vez, reversionan sobre una sola forma de constitución del «ser», de la identidad, de la pertenencia a una memoria común que se orienta y homogeniza por la colonización interior.

El largo trayecto que va de aquella «primera independencia» hasta los comienzos del s. XX, pleno de contradicciones, de enfrentamientos fratricidas, de valores inconciliables, lleva a la reproducción del modelo europeo del Estado-nación moderno con sus regulaciones económicas y jurídicas, tendientes a una consolidación social que responda a un orden común. Es decir a la constitución de naciones entendidas como «... una estructura de poder [...] que empieza siempre con un poder político central sobre un territorio y su población [que] precisa [...] un espacio de dominación disputado y ganado frente a otros rivales» (Quijano, 2000: 227). De allí al principio de «soberanía», íntimamente vinculado al orden imperial.

Ese poder central operó entre nosotros desde pequeños núcleos que reprodujeron en gran medida las confrontaciones propias de las guerras independentistas, trasladando la que se diera entre españoles y amerindios³ a la que librarían (y siguen librando) los distintos grupos al interior de las naciones dando lugar a las diferencias entre capital e interior, criollos e inmigrantes, territorios centrales y marginales, sostenidos en una lucha no siempre explícita por la tenencia de la tierra y por la consolidación de valores étnico-raciales, heredados del régimen colonial de castas y de «pureza de sangre» (Cfr. Chumbita, 2007). Este sistema de organización da cuenta de la construcción de un mundo que se mueve en el ejercicio de la colonialidad del poder, concepto ya en germen –y expresado de otro modo con el discurso y las herramientas analíticas de su tiempo– por Manuel Ugarte a los cien años de la independencia política, ante el avance del nuevo imperialismo norteamericano, al no haber alcanzado la necesaria «emancipación mental».

De modo entonces que aquellos movimientos revolucionarios que, después de un largo proceso, debieron culminar con la instauración de un orden nuevo y distinto del colonial, un orden democrático⁴, desembocaron, más de un siglo después, en renovadas formas de servidumbre y sometimiento, de inequidad y asimetría.

Reinvención y liberaciones

Zulma

Basta de concesiones abusivas, de empujes de desórdenes endémicos y de pueriles pluri origen de la común historia [...] El pasado ha de provenir.

Proyectos de liberación

Otras revoluciones, revueltas y rebeliones se sucedieron a lo largo y lo ancho del subcontinente, distintas en su composición, sus actores y sus estrategias, pero todas ellas tendientes a alcanzar esa emancipación nunca lograda en su completud. Es al mediar el s. XX, más específicamente en la década del '60, que encuentran cauce tras los efectos de la revolución cubana⁵.

Los movimientos y proyectos de liberación se multiplicaron confrontándose con la colonialidad del poder y del ser, movimientos sociales que encontraron sus referentes intelectuales en la Teología y la Filosofía de la Liberación, en la búsqueda de una ciencia social autónoma y en la Teoría de la dependencia⁶. Junto a ellas, y en una línea con la que se encuentran muchas convergencias, los análisis relativos a las cuestiones étnico-raciales y su particular situación dentro de la colonialidad del poder, a la manera de Franz Fanon, Edouard Glissant, Aimé Césaire en el espacio Caribe.

En todos estos proyectos subyace una idea de «liberación» distinta de la de «independencia» que ya se encontraba implícita en los proyectos de Martí y Ugarte, entendida como lucha a favor de la democracia de repúblicas que tenían asegurada su independencia política pero que no habían alcanzado su «desprendimiento» intelectual pues no se llegó a dar forma «a una entidad que fuera adecuada a un contrato social en el que se asegurara la igualdad y la justicia [...] no la entidad puramente jurídica del liberalismo clásico» (Roig, 2008: 43).

Es hacia ese objetivo que se orientan las acciones políticas, sociales e intelectuales en este momento de los procesos de transformación, consideradas subversivas por el poder hegemónico. Sustentados en las teorías de la dependencia, se generan diversos movimientos de liberación nacional enlazados directa o indirectamente con los procesos políticos de corte popular, ya estuvieran estos vinculados a las llamadas «derechas» (a la manera del peronismo

ca, Año IV, nº6 2009

es nacionales s emergentes

Palermo

tos aventurados, de contratos dolorosos,
tos fronterizos. Remontémoslos hasta el
sido un fracaso, sólo podemos confiar en

Manuel Ugarte¹

argentino) o «izquierdas» (como el socialismo cubano). La confrontación con la historia oficial de occidente y sus modelos epistémicos revierten en el intento de dar curso a las culturas invisibilizadas y periféricas como liberación de los vínculos categoriales que darían sustento al desprendimiento de la dominación ejercida por los países centrales, y como búsquedas identitarias desde la diferencia (Cfr. Biagini y Roig, 2008).

Con la misma orientación, pero sostenidos en la inequidad histórica emergente de la discriminación étnico-racial de la africanidad, los pensadores del área caribe combaten la dependencia política y epistémica que desarticula toda posibilidad ya no sólo de ser, sino de ser personas. Hablamos de posturas que luchan por hacer aceptar la legitimidad del ser-negro, por construir un lugar de conocimiento político que parta de los conflictos sociales y retorne a ellos para transformarlos (Cfr. Albán-Achinte s/f y Lavou Zoungbo, 2007). Se hace visible desde esos señalamientos la colonialidad del poder en tanto la cuestión étnica se sostiene en una clasificación de superioridad o inferioridad de los seres humanos según su raza, postulados heredados de la antropología kantiana².

Movimientos abortados por los golpes militares organizados desde el programa de la Seguridad Nacional, montado en Panamá para el área continental, y complementario del que sostuvo las dictaduras en el Caribe, atisaban ya que el poder político con el que confrontaban no podía ser desarticulado sólo con revoluciones que rompieran el poder colonial en el orden político si no se desprendían también de la colonialidad del conocer y del ser.

El desprendimiento y la nación posible

Esta lectura fragmentaria y pobremente sintetizada de búsquedas libertarias ha sido ejercida desde la perspectiva crítica de la decolonialidad, en este nuevo comienzo de siglo cuando eclosiona el proceso moderno/colonial, con

el proyecto fáustico llevado a su expresión absoluta, al poner en evidencia la crisis de un capitalismo bancaizado y nuevamente alimentado por los pueblos sometidos del mundo, sin que éstos hayan alcanzado una real liberación. Es en este nuevo comienzo de siglo que resulta imprescindible preguntarnos: ¿qué cambió desde el primer centenario hasta éste?, ¿cuál es la democracia alcanzada?, ¿cuáles los «derechos de gentes» en los tiempos de la expansión global del mercado?, ¿qué pasó con el proyecto de un «porvenir» que rompiera con el fracaso del pasado?, ¿cuáles son hoy las expectativas de futuro?

En las páginas precedentes se ha intentado señalar que la definición de lo que somos-siguiendo el modelo homogeneizante de la nación moderna europea después de la primera independencia- no pudo concretarse al excluir de ese modelo de funcionamiento democrático a las mayorías sociales, al negar la existencia de profundas fracturas internas emergentes de esas exclusiones, producto de la imposición de una lengua, una cultura, una única experiencia histórica, un excluyente componente étnico. Tampoco los proyectos libertarios promotores de una segunda independencia lograron su cometido en la medida en que seguía operante la idea fuerza de la homogeneidad aunque polarizada en el otro extremo del mismo proyecto occidental: la internacionalización de un socialismo hecho a la medida de otras memorias y otras formas de organización del trabajo, de estilos de vida, de concepción del tiempo y de las relaciones con la naturaleza, distintas de las construidas por la imposición colonial. Ninguno de ellos pudo desarticular la dependencia en sus niveles más profundos, en tanto

La tragedia es que todos hemos sido conducidos, sabiéndolo o no, queriéndolo o no, a ver y aceptar aquella imagen [la del espejo eurocéntrico] como propia y como perteneciente a nosotros solamente. De esta manera seguimos siendo lo que no somos. Y como resultado no podemos nunca identificar nuestros verdaderos nombres, mucho menos resolverlos, a no ser de una

manera parcial y distorsionada (Quijano 2000: 226).

A partir del análisis de estos fracasos -y de esta tragedia- sacados inicialmente a la luz por los estudios coloniales, el proyecto descolonial en nuestros días persigue la liberación del orden instaurado desde la conquista en todas sus dimensiones. Para ello reflexiona sobre este pasado y advierte que la raíz del fracaso se cimenta en el desconocimiento y/o negación de la existencia de otros legados cuya genealogía se retrotrae a una más larga memoria y a un paradigma antitético al de la modernidad cartesiana. Este pensamiento «otro» aparece ya encarnado -siguiendo a Dussel (2008)- en el primer anti-discurso crítico a la Europa del imperio-mundo de Bartolomé de las Casas, el que encuentra continuidad -aún dentro de la sustantiva diferencia entre ambos lugares de enunciación³- en la perspectiva radicalizada de Guamán Poma de Ayala. Su mirada ejerció una síntesis interpretativa de la confrontación de dos mundos a través de una narración crítica que contiene una ética y una política en la que queda explicitado de qué manera el *ego cogito* sustenta al *ego conqueror* fundado en el principio de superioridad de unas culturas/razas sobre otras, desarrollado en una sustantiva exposición comparativa entre la cultura indígena y la del conquistador.

De acá en más -rastreado en los textos «marginales» de la historia y la filosofía oficial, en los testimonios y las crónicas, los libros de viajeros y los de ficción se re-construye una memoria «otra», una historia hasta ahora no totalmente contada- es posible «... desmontar la diferencia colonial, tanto epistémica como ontológica: [...] reconocer que la contribución de Occidente a la democracia global es importante pero también local y regional» (Mignolo, 2008: 47) y que se encuentra convencida y convence de que es la civilización que salvará al planeta porque tiene la función mesiánica de imponer y preservar su concepción y su práctica de la democracia. Sin embargo, resulta una obviedad señalar su ineficacia ya que no sólo llevó al planeta a estados indescribibles de terror -en su «lucha antiterrorista»- sino que ha intensificado los

niveles de explotación, marginalidad y corrupción hacia dentro y hacia fuera de su funcionamiento, generando y profundizando las polarizaciones de todo tipo. Por lo tanto, es necesario des-prenderse de este modelo autosuficiente para abrir una posibilidad de futuro para América Latina con una forma de democracia que no responda a la concepción autoritaria del liberalismo.

No se trata, sin embargo, de sustituir un paradigma por otro -de reincidir en un estatuto binario de oposiciones⁴- sino de buscar las genealogías entramadas en todo el continente, genealogías que no se reducen a la memoria grecorromana que atravesó los mares con sus descendientes europeos, sino de sumar a ella otras: la africana, incorporada por los esclavos de la colonia, las de las muy diversas sociedades indígenas que se expanden por la extendida columna vertebral que va desde el sur de Chile y Argentina, remolando las culturas aimaras y quechuas, y el anhuacu central, junto a las criollas heterogéneas y «mestizas».

El sistema de la democracia representativa no puede atender a esta plurivocidad, a esta heterogénea composición de los sectores que conforman una nación, cuando los representantes se eligen según la potencia de cada quien para el despliegue de sus campañas proselitistas, y cuando esos supuestos representantes sólo se sirven a sí mismos y al consensuado régimen clientelista. Se reclama, por el contrario, una democracia participativa, comunitarista que retome el sentido primario de que quien ejerce el poder sea el pueblo, donde el poder se orienta no a tener más sino a proporcionar un *buen vivir* en «igualdad» y «fraternidad».

Hay ya -decíamos al comienzo- países en las ex colonias del sur del planeta que están ejerciendo esa facultad, todavía a tientas, todavía con las inseguridades de quien da los primeros pasos, y confrontándose con un viejo y todavía fuerte coloso al que, sin embargo, puede llegar a abalar con un tiro de honda. Mancomunadamente es posible que una forma «otra» de democracia, humanista y pluriversa, advenga a un planeta que, por ahora, parece marchar aceleradamente hacia su agotamiento.



Bibliografía

Albán-Achinte, Adolfo, s/f, «Fanon y el silenciamiento de los diócesis», paper.

Biagini, H. y Roig, A., 2008. *Diccionario del pensamiento alternativo*. Bs. Aires: Univ. de Lanús, Ed. Biblos.

Chumbita, Hugo, «El proyecto americanista de los revolucionarios de la independencia», en Biagini y Roig (Comp.) *América Latina hacia su segunda independencia. Memoria y autoafirmación*, Gobernación de Bs. Aire: Programa Puertas del Bicentenario: 55-66.

Dos Santos, Theotonio, 2002, *Teoría de la dependencia: balance y perspectivas*, México: FCE.

Dussel, Enrique, 2008, «Meditaciones anti-cartesianas. Sobre el origen del anti-discurso filosófico de la modernidad», en Rev. *Tabula Rasa* N° 9, julio-diciembre, Univ. Colegio Mayor de Cundinamarca (Colombia): 153-197. Edición electrónica www.tabularasa.com.

Lavou Zoungbo, Victorian, 2007, *Outsidering. Liminalité des Noire-e-s Amériques-Caraïbes. En Hommage a Aimé Césaire*, Pres Universitaires de Perpignan.

Paz, Octavio, 1967, «Revolución, revolución, rebelión», Parte III de

Corriente Alterna, México: Siglo XXI: 147-223.

Pérez Zavala, Carlos, 2008, «El sujeto de la independencia americana. Desde Francisco de Miranda hasta Manuel Ugarte», en Rev. *Silabario*, Año X, N° 10-11: 39-54.

Maldonado-Torres, Nelson, 2007, «Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto», en Castro-Gómez y Grosfoguel (comp), *El giro decolonial. Reflexiones para una decolonialidad epistémica Más allá del capitalismo global*, Bogotá: Univ. Javeriana, Siglo del Hombre Ed.

Mignolo, Walter, 2008, «Hermenéutica de la democracia: el pensamiento de los límites y la diferencia colonial» en Rev. *Tabula Rasa* N° 9, julio-diciembre, Univ. Colegio Mayor de Cundinamarca (Colombia): 29-37. Edición electrónica www.tabularasa.com.

Quijano, Anibal, 2000, «Colonialidad del poder, eurocentrismo y A. Latina», en Lander, E. (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Bs. Aires: CLACSO: 201-246.

Roig, Arturo, 2007, «Necesidad de una segunda independencia», en Biagini y Roig (Comp.) *América Latina hacia su segunda independencia. Memoria y autoafirmación*, Gobernación de Bs. Aire: Programa Puertas del Bicentenario: 29-48.

Silverblatt, Irene, 1993, «El surgimiento de la indianidad en los Andes del Perú Central: el nativismo del s. XVII y los muchos significados de «indio», en Gary Gossen, J.J. Klor de Alva, M.Gutiérrez Estevez, and M.Leon-Portilla (ed.), *De Palabra y Obra en el Nuevo Mundo*, Vol 3, Madrid: Siglo XXI de España, pp.459-482.

(Notas)

¹ Del *Manifiesto* que en 1927 dirigiera a la «juventud latinoamericana», «al pueblo» y a «las masas anónimas eternamente sacrificadas». Reproducido por Roig, 2007

² Es importante destacar la diferencia entre colonialismo y colonialidad; según Maldonado-Torres, «Colonialismo denota una relación política y económica, en la cual la soberanía de un pueblo reside en el poder de otro, [...] lo que constituye a [éste] en un imperio [...] La colonialidad se refiere a un patrón de poder que emergió como resultado del colonialismo moderno, pero que en lugar de estar limitado a una relación formal de poder [...] se refiere a la forma en que el trabajo, el conocimiento, la autoridad y las relaciones intersubjetivas se articulan entre sí a través del mercado capitalista mundial y de la idea de raza. Así pues, aunque el colonialismo precede a la colonialidad, la colonialidad sobrevive al colonialismo» (2007: 131)

³ Hasta el XVIII la oposición se centraba en españoles / indios. Ambos términos tenían un valor semántico amplio de carácter racial y cultural; «españoles» designaba no sólo a los provenientes de la península sino a todos los europeos

como sinónimo de colonizador; «indios» se aplicaba a cualquier habitante de las Américas sin distinciones. Desde el s. XVI la jurisprudencia española generó dos «repúblicas», ambas sujetas a la monarquía: la de indios y la de españoles con las consecuentes deferencias en derechos y atribuciones (cfr. Silverblatt, 1993).

⁴ En el sentido etimológico griego del término: el poder (*kratos*) del pueblo (*demos*)

⁵ Si bien resulta altamente reduccionista homogeneizar lo diverso de los diseños particulares en un común denominador, este procedimiento se vuelve acá imprescindible en la necesidad de síntesis y en orden a la perspectiva que planteamos.

⁶ Los nombres más destacados en ellas son los de Enrique Dussel, Rodolfo Kusch, Arturo Roig, Orlando Fals Borda, Pablo González Casanova, Darcy Ribeiro (Cfr. Dos Santos, Theotonio, 2002)

⁷ El racismo, constitutivo de la diferencia colonial, no es una marca genética que se manifiesta en rasgos fisiognómicos o vinculada al lugar en que se vive, sino que se sustenta en la desvalorización epistémica y ontológica de los individuos racializados

⁸ Las Casas y Guamán Poma responden a dos proyectos distintos puestos de manifiesto en muchos niveles textuales, pero que pueden sintetizarse en lo que sigue: mientras el primero busca la conversión de los indios, el segundo persigue la reconstrucción del Tawantinsuyo con su cosmovisión distante y distinta de la de la catequización.

GUIA DE PROFESIONALES

GUSTAVO CECILIA
ODONTOLOGO
GABRIEL CECILIA
ODONTOLOGO

25 de Mayo 591 - Tel. 431-4384
4400 SALTA

CORNEJO D'ANDREA & CORNEJO
ABOGADOS

HECTOR CORNEJO D'ANDREA
AMERICO ATILIO CORNEJO
BERNARDO AMERICO CORNEJO
HECTOR CORNEJO D'ANDREA (H)

Santiago del Estero 569 - Salta (A4400BKK)
Tels.: (54-387) 421-3052 / 421-3086 - Fax: (54-387) 431-3152

ESTUDIO JURIDICO

Dr. Carlos Douthat

Juramento 72 - Tel: 432-0900 - Fax: 431-1075
4400 - SALTA

ESTUDIO JURIDICO

Dr. GUSTAVO BRUNO
& ASOCIADOS

CASEROS 2 - Tel: 422-7568 - 431-1195
4400 - SALTA

María Magdalena Briones
Silvina Briones

ABOGADAS

DEAN FUNES 719 P.B. TEL/FAX: 431-8862
SALTA

ESTUDIO JURIDICO-CONTABLE

Dra. María Silvina Pecci

Dr. Roberto Pecci - Dr. Javier García Pecci

CPN. María Gabriela García Pecci

Sarmiento 268 - Tels.: 4210786 / 4228433
4400 - Salta

EMILIA FORNARI
PABLO DE LA MERCED

ABOGADOS

ENTRE RIOS 837 - TEL/FAX: 421-2739 / 431-0191 - SALTA

SOSA Y ASOCIADOS

ABOGADOS

BALCARCE 472
TEL.: 431-0134 LINEAS ROTATIVAS
FAX: 431-1629

E-mail: sosabogados@arnet.com.ar



CENTRO DE HEMODIALISIS
SANATORIO EL CARMEN

ESTUDIO JURIDICO INTEGRAL

DRA. SILVINA B. BORELLI
DRA. GABRIELA CAUSARANO
DRA. NATALIA JEREZ

ALBERDI 53 - 2° PISO OF. 4
Tel: 4954230 - Cel: 156212287

MARIA JOSEFA ALZUETA
MACARENA CORNEJO

ABOGADOS

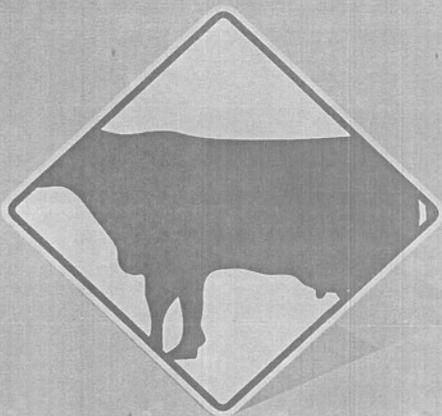
Asumos de Familia - Sucesiones

Gral. Güemes 1349 - 1° Piso Tel: 422-0864 - SALTA

OSVALDO CAMISAR

ABOGADO

Leguizamón 452
Tel.: 421-5016 - 431-7886 - Fax: 431-1629
4400 - SALTA



MANEJANDO CON CUIDADO ESQUIVÁS TAMBIÉN LOS ACCIDENTES.

Tu vida y la de los demás están en tus manos. Manejate bien.



Salta

La provincia que amamos.

La copla, hoy

Santiago Sylvester

Da la impresión de que, hoy por hoy, abunda el producto de raíz folklórica que se orienta (tal vez inevitablemente), más que a una carpa del carnaval, hacia la televisión; y esto marca, no sólo la llegada, sino las intenciones. Por eso, aunque no tengo el propósito de indagar ahora sobre la cultura de masas, parece necesaria una rápida referencia a ella porque resulta ser el marco de la producción actual.

Se ha hablado mucho de las dificultades, incluso la agonía, de la cultura popular frente a la cultura de masas. Creo que, por ahora, ambas conviven mojándose recíprocamente, aunque no sea fácil saber hasta cuándo, ni si ocurrirá, como anuncian algunos apocalipsis, la sustitución definitiva.

La cultura popular emerge, por definición, del pueblo, y supone una sabiduría espontánea trabajada por el tiempo; mientras que la cultura de masas, aun teniendo contactos con la otra, está gestionada por promotores y medios de comunicación, sobre la base (cada vez más descarada) de un trabajo de mercado: mediciones de audiencia, marketing, estrategias, índices del éxito; es decir, lo opuesto: sofisticación tecnológica y economía resuelta. La cultura popular tiene como origen un conocimiento, y como fin una búsqueda artística; mientras que la cultura de masas utiliza ese conocimiento, con frecuencia banalizado, para conseguir un producto que debe implantarse entre consumidores. Las consecuencias de ambas intenciones son distintas: la cultura popular expresa un punto de vista sobre el arte; la de masas, o mediática, gestiona básicamente el éxito. El protagonista de la cultura popular es un artista (bueno o malo, ya se verá), el mediático es (o aspira a serlo) un triunfador. El problema es que, en algún momento, ambos se aproximaron demasiado, y uno de ellos amenaza con fagocitar al otro.

Y en este cuadro, ¿dónde está la copla como síntesis de la cultura popular? En el centro del problema. También ella ha sufrido el avance del éxito y el abandono del conocimiento; también ha llegado a sus orillas la conformación mediática de sus cultores y protagonistas, y de nada vale cerrar los ojos para ilustrar la vieja máxima de que no existe lo que no se ve.

La producción artística de lo que hasta hace no mucho se entendía como cultura popular está desapareciendo, o cambiando radicalmente, y lo que queda

de ella ha perdido calidad: han aumentado la parodia y el sucedáneo, y ha disminuido la creatividad; y lo que vaya a resultar de esta situación dependerá, si la etimología sigue vigente en el folklore, del conocimiento popular. El problema es que, como nunca antes, el gusto popular, su sentido de orientación y su opinión, están dirigidos por una maquinaria enorme, imparable y eficaz, con la que no hay muchas posibilidades de disentir. Esto es hoy una evidencia, y lo que más determina la situación actual es el volumen, porque conviene recordar la alarma de Juan Alfonso Carrizo cuando, ya en 1933, publicó su *Cancionero popular de Salta*: «El uso de los gramófonos y victrolas que traen tonadas y letras nuevas del gusto de Buenos Aires va haciendo desaparecer del Valle de Lerma, y en especial de la ciudad de Salta, los cantos populares antiguos que enriquecían el acervo popular».

Hoy se puede ver, sin demasiado esfuerzo, que un sector exitoso del folklore actual es claro exponente de la cultura de masas, con vocación mediática; y el resultado es que el parentesco artístico no los acerca a aquellos renovadores auténticos que invocan (Atahualpa Yupanqui, Eduardo Falú, Gustavo Leguizamón, etc.) sino a los conductores de show televisivo, con ese triunfo insustancial.

Qué hacer, entonces, es la pregunta. Según Wittgenstein, si una pregunta puede formularse, también

puede responderse; lo que ya no asegura es que se acierte.

II

La distinción entre poesía popular, o folklórica, y poesía culta, o de autor, hoy parece desactualizada. Sin embargo, sigue en pie por razones prácticas; surge cada vez que alguien expone un programa, ensaya argumentaciones didácticas o elabora una selección; incluso cuando se ejerce el derecho, cada vez menos frecuente, de pasarse una tarde leyendo poesía.

Tal vez aclare el punto de partida la tipificación que hace Raúl Augusto Cortazar, respondiendo a la pregunta de qué es folklore: «en general —dice, el folklore se caracteriza por ser popular, empírico-inductivo en cuanto a la captación de sus fenómenos y oral en su transmisión, colectivizado, funcional, tradicional, anónimo y localizado». Esta versación exhaustiva es útil para el análisis, pero también hay que decir que, desde entonces, la situación ha sufrido modificaciones de tal magnitud que se vuelve interesante averiguar qué queda de aquella caracterización.

La sospecha de que este sistema, de procedencia anónima y transmisión oral, estaba caducando, la tuvo ya Juan Alfonso Carrizo, a pesar de que en sus prólogos a los cancioneros que recogió⁷ distingue entre coplas «ascadas de la cabeza», para indicar una

autoría conocida, y coplas antiguas, sin dueño visible. Esta preocupación está diluida en esos prólogos, como si hubiera recibido anuncios de que una expresión artística estuviera llegando a su fin. En el «Discurso preliminar» al citado cancionero de Salta, apunta esta constatación: «...no he hallado entre la gente de la campaña ningún versificador y ni siquiera memoria de que hubiese existido algunos». La noticia no es grata ni adula al conformismo tradicionalista; más bien abona la teoría de que un conocimiento popular estaba concluyendo. Percepción similar tuvo también, años después, otro conocedor de la cultura popular como era Jaime Dávalos, a quien le oí conjeturar, en la década del sesenta, la posible extinción de este tipo de poesía. Las características de anónimo y transmisión oral habían estado en la base de la construcción folklórica, y son las que presiden las potentes recopilaciones que se hicieron en el siglo XX; pero en algún momento cunde la sospecha de que esas características están en vías de desaparecer (o ya lo han hecho) y se transforma radicalmente el punto de vista sobre la poesía popular.

Estas consideraciones la abarcan en su conjunto, pero me centraré en la copla porque es la síntesis mayor, el destilado de esta versión poética; y también porque sigue siendo la más vigente en el norte; mientras que, paralelamente, es más difícil encontrar variantes nuevas de esa lírica popular que abundaba, recogida también en los cancioneros, y que, me parece, hoy muy pocos sabrían hacer: glosas, redondillas, décimas encadenadas, etc. Pero aunque sigan existiendo coplas, y se las estime como el modelo más acabado de su especie, algo (mucho) ha cambiado también para ellas.

En primer lugar, las coplas, en la sociedad actual, ya no son anónimas sino de autores conocidos, muchos de ellos con suficiente información sobre la historia general del arte y reflexión de sus problemas, que han optado (y esto de la opción es fundamental) por repetir el formato de la copla, fijo, reconocible y tradicional. Se trata de una opción, y esto es más evidente si se advierte que muchos (casi todos) escriben paralelamente, en cajas separadas, poesía contemporánea, con plena utilización del verso libre y de los formatos menos tradicionales. Estamos, en realidad, ante una declaración de amor a esa cultura tradicional, a lo que fue durante siglos, aunque implique a la vez una alarma ante la avalancha que amenaza con tajar para



siempre un conocimiento antiguo. Conozco casos extremos de amigos poetas que incluyen coplas propias en el curso anónimo (insertadas en recopilaciones), en parte por la gratificación de intentar que algo personal se disuelva en lo popular, y en parte (en mayor medida) para que esa correntada no desaparezca.

Sin embargo, lo más frecuente es lo contrario: la firma al pie, porque la elaboración ya no es puramente funcional, sino que tiene que ver también con la historia de la literatura de autor, de modo que habrá que considerarla parte de ella. Además, en la sociedad moderna hay más intereses que en la antigua para registrar una obra: una canción de éxito aporta ganancias, y no es posible, ni justo, desconocer esta evidencia. Dicho con una frase que sólo quiere ser resumen, los registros de propiedad intelectual han quitado anonimato a la producción folclórica. El anonimato ya no existe sino ocasionalmente, y en estas condiciones la mera transmisión oral también caduca por su propia insuficiencia.

Estas modificaciones, con ser bastantes, no dan cuenta de todo el problema. Hay un sustrato que, aunque no esté nombrado, se adviene en todo el cancionero: el contenido de predominio rural, la vida apegada a leyendas y viejos sucesos, a manifestaciones arcaicas, que pertenecen a un pasado tan remoto e indiscutible que coincide con el mito. Los poetas actuales respetan ese ámbito; y esto no sería suceso a destacar si no fuera que la mayoría de estos cultores de la poesía popular ya no pertenecen al mundo que celebran, desconocen sus códigos, no lo frecuentan ni están implicados en sus secretos y problemas; casi no perciben la proximidad rural por que también el campo se ha alejado. Por supuesto que el tema a tratar, o la manera en que se lo haga, no puede ser motivo de limitación, menos aún cuando la libertad es precisamente la gran conquista poética del siglo pasado; pero reproducir sacramentalmente forma y asunto no exhibe una libre elección sino casi lo contrario: atracción de lo previsible e imitación de una manera. La elección de lo propio da seguridad y arraigo, y tiene sobrada legitimidad; sólo que conviene saber que ahora estamos, más que ante un producto de origen, ante una estilización mimética de datos recibidos, y con esto nos alejamos también, decididamente, del método empírico-inductivo que estaba en la base de la copla. Porque el poeta que la realiza decide, por vocación ideológica, imitar un canon, alimentarlo y reproducir un ámbito en el que él ya no está. Se trata de alguien que normalmente pertenece a un registro cultural distinto, urbano, y que en el momento de ejercer aquella elección vuelve su mirada cargada de



información hacia un territorio más bien previsible: celebra, no tanto lo que es, sino lo que ha sido.

Lo que se celebra es la memoria de la tribu: estamos ante un hecho social, que inspira simpatía y adhesión, pero que no tiene necesariamente resonancia artística. El pacto histórico en torno de los mitos se refiere a algo que antes, en un tiempo remoto, sucedía en presente, como ese carnaval de los valles calchaquies que describe Raúl Augusto Cortazar en su hermoso libro, y que hoy, medio siglo después, costaría encontrar fuera del escenario de un festival folclórico: esta decepción la tuve, ya a fines de la década de los sesenta, cuando fui con un amigo a buscarlo en las carpas del Valle, entre Cafayate y San Carlos (por supuesto, no sólo por el camino principal), y volvimos con los oídos llenos de cumbia. Tal vez hoy sería de bailanta.

III

Las diferencias entre la copla popular y la poesía de autor son evidentes; sin embargo, comparárlas sirve para armar un telón de fondo que resalta virtudes y limitaciones, y ayuda a explicar las características de ambas.

Ya se habló de la primera diferencia: la procedencia anónima o conocida; una diferencia circunstancial que al parecer ya no existe, pero que sigue sirviendo para reconocer una intención fundamental en la poesía de autor: la de ser identificado e incluir su nombre en un contexto histórico.

Otra diferencia es territorial: lo que se sabe, una copla pertenece (o puede pertenecer) a distintos lugares por el desplazamiento que la caracteriza. Hay coplas cuyo lugar de nacimiento está proclamado por ellas mismas: «oy de la banda/ del Chaco de Orán»; «adiós, Jujucito, adiós», «del Valle vengo, señoras», «por el alto de Los-Los» etc., pero nada asegura que algunas no sean adaptaciones, porque el sistema de la copla justifica que pueda ser tomado como propio lo que llega desde la otra punta del planeta, y que se sustituya a conveniencia un lugar por otro. alguna vez o una copla en un

me refiero a una intención y a sus consecuencias.

Si algo caracteriza a la poesía de autor es la búsqueda de estilo: esa suma de elementos, obsesiones y pequeñas manías que terminan identificando a un escritor. Este es el motor del avance estético, que incorpora nuevas formas, nuevas palabras, combinaciones, expresiones, y abandona otras. Subyace un propósito deliberado de novedad, y esto le da vitalismo y renovación permanente. Inclusive se puede concebir una distinción, que sin duda existe, entre un buen poeta y un gran poeta, que consistiría en que estos delimitan un marco propio y hacen identificables sus fantasmas personales para los demás; mientras que aquellos aplican su oficio a una zona interesante pero difusa, dejando sin demasiada precisión sus elementos identificatorios. El resultado es que, por ejemplo, sea posible detectar dónde está lo nerudiano de Neruda o lo vallejiano de Vallejo, pero que sea más difícil identificar otras jugadas poéticas.

Roland Barthes, en *El grado cero de la escritura*, anota: «la poesía moderna está saturada de estilo». Llega a esta conclusión después de referirse a lo general de la lengua y de puntualizar que el estilo es la suma de particularidades que un autor hace incidir en lo genérico; el estilo, según Barthes, «es la cosa del escritor, su esplendor y su prisión, su soledad»; y agrega: «es la parte privada del ritual». Hay, sin dudas, un inconveniente en la «saturación», porque si se incluyen más elementos personales que lo que admite la comprensión (aún general e imperfecta, citando a Coleridge), el contenido puede volverse intransitivo. Sería imposible decir esto de la poesía popular.

En la poesía de autor, en cambio, suele estar clara la procedencia. Un poema, como su autor, puede tener apertencias de abarcar el planeta, ser leído en todas partes, pero el mismo, aún sin saberlo (con su lenguaje, su historia personal, la historia compartida a la que pertenece), está fijando un territorio bautismal.

Una tercera diferencia está vinculada con el tiempo: cuándo nace una copla. No es imposible saberlo, pero, también por el sistema al que pertenece, una copla de nuestro siglo (considerada así) puede tener origen en el siglo XVIII o XIX. Con la poesía de autor sucede lo contrario: a pesar de su vigencia, se sabe que un poema de Bécquer, o de Rubén Darío, no fueron escritos en nuestra época. Kandinsky, en 1910, lo dijo así: «Cada período de la cultura produce un arte propio que no puede repetirse»; y no se trata sólo de que una lectura esté interferida por la época, sino de que su radicación en un tiempo u otro le dará distinta validez en la historia del arte: en uno, significará aporte; en otro, repetición. Y con esto llegamos a la diferencia central:

En la poesía popular, y especialmente en la copla, el propósito es la reiteración sistemática de una fórmula, y esto conlleva, precisamente, la renuncia a un estilo (no se habla aquí de calidad). En la base de este propósito está la transmisión oral señalada por Raúl Augusto Cortazar, con la facilidad mnemotécnica que significan métrica y rima conocidas. Se trata de una fórmula eficaz, ya probada, que tiende a lo inalterable, aún contando con un número limitado de variantes: rima consonante o asonante, pie quebrado,



LIBRERÍA RAYUELA
"NOVEDADES DEL MES"

MARC AUGÉ La vida en doble
HANNA ARENDT Qué es la política
AMARTYA SEN La idea de la justicia
ALAN PAULS Wasabi
CLARICE LISPECTOR Lazos de familia

Alvarado 570 - 4400 - Salta - Argentina
Tel/Fax: (0387) 4312066 - 4313886 E-mail: rayuela@arnet.com.ar

alteración de los versos rimados. Y al ser una fórmula inmutable (es casi su esencia), el paso del tiempo carece de valor: de ahí que hoy mismo pueda recitarse una copla de hace dos siglos, y que apenas se note. Los cambios sólo atienden al contenido, aunque suceda muchas veces que, en esos intentos de actualización, suene a poco genuino el resultado: ahí están esas coplas que, al incluir elementos foráneos a su mundo, como plástico, avión o internet, tienden al pastiche; o esas otras, con sensibilidad de telenovela, que exponen una cursilería melosa, no de gusto dudoso sino de mal gusto indudable. En la poesía de autor, en cambio, el paso del tiempo, por acción u omisión, y aún en contra de cualquier voluntad, es fundamental: modificaciones deliberadas, nuevas perspectivas, renovación de asuntos, disonancias, alteraciones y, con suerte, el logro de eso que se conoce como voz propia, que en nuestra época es para todo poeta casi un proyecto explícito. Es decir, lo que en un caso es lo natural, podría significar pobreza u obiedad en el otro.

La habilidad popular para la rima, y lo que se espera de una copla, queda a contraluz y se ofrece mejor en el momento en que se transgrede su norma fija. En algunas coplas de humor ingenioso la broma proviene, precisamente, de la ruptura. Como diría Borges, a estas palabras no hay que leerlas sino escucharlas:

En la punta de aquel cerro
suspiraba un kiltipi,
y en el suspiro decía
¡atajen que viene el toro!

El humor está provocado por el incumplimiento del acuerdo: más aún, sólo consiste en eso. Esto evidencia respeto por la versificación, pero sobre todo nos remite al espejo en el que se mira la copla: idéntica a sí misma, género fijo, inmutable a través de los años.

En estas razones básicas caben virtudes y posibles limitaciones, pero sobre todo se evidencia la debilidad actual del mundo que la sustenta. La transmisión inmediata y la inexistencia de fronteras son indudables beneficios de la copla, pero la pérdida de oralidad y la suspensión del anonimato, más la paulatina desaparición de la mitica rural, y otros cambios referidos



a la sensibilidad, le ha traído un inesperado desgaste: la ha convertido en imitación, a veces parodia, más que en creación popular. Lo que ha cedido, sobre todo, es la propia noción de cultura popular, que está siendo fuertemente interferida por la cultura de masas.

IV

Así, volvemos al comienzo para terminar. Qué hacer con la copla, cómo valorar su vigencia, qué elementos tipifican hoy la cultura popular: la respuesta es compleja; en todo caso, si sé que Raúl Augusto Cortazar ofrecería otra respuesta si tuviera que contestar hoy a la pregunta de qué es folklore, y hasta es posible que lo oíríamos conjeturar sobre su propia existencia, al menos como él lo concebía. Ya no serían, desde luego, el anonimato y la oralidad los elementos de caracterización, ni siquiera la procedencia popular, y mucho menos la captación empírico-inductiva de los fenómenos; y sospecho que también ha girado el ángulo de ese conocimiento que se venía transmitiendo desde hace muchos años. El presente, como pasa siempre, está en movimiento, y la copla también: habrá que ver qué cambios la acompañan, qué

modificaciones incidirán en su vigencia o su pérdida; y, de todas maneras, lamentarse por estos cambios es tan inútil como añorar la cuaderna vía o el coche de plaza. Por otra parte, también sé que no todo muere del todo, y que la fusión, lo híbrido, ha producido maravillas en arte: sólo tiene que aparecer el genio (individual o colectivo) que lo logre. En todo caso, conviene estar atentos para que, en nombre de una añoranza (o, peor aún, de una suplantación), no nos ofrezcan material desactivado como si fuera de buena calidad: el famoso gato por liebre. Lo que me parece fundamental es aceptar que la modificación del tiempo esta vez ha calado tan hondo que, cuando hablamos de la copla, ya no sabemos si seguimos hablando de lo mismo.

Coda

Después de haber concluido este análisis, le oí a Miguel Ángel Pérez una tirada de coplas suyas que me inducen a hacer este añadido:

En primer lugar, confirmo que hoy la copla, más que una expresión de la cultura popular (anónima, oral, etc. con sus características específicas), es una opción de autor; es decir, forma parte de la historia

personal de un poeta identificable. No puedo asegurar dogmáticamente que ya no exista esa «poesía» que esperaba Raúl Augusto Cortazar al hacer su caracterización del folklore, pero sí afirmo que las mejores coplas nuevas que me ha tocado escuchar en los últimos (muchos) años pertenecen a poetas conocidos que por sus razones privadas han elegido esta manera de procedencia popular. Y, desde luego, son coplas que nada tienen que ver con la cultura de masas, con sus productos de ocasión.

Pero en segundo lugar, me parece necesario decir (recordar) que, habiendo talento para la copla, habrá finalmente interés por esa producción que, anónima o no, de transmisión oral o escrita, con o sin conocimiento inductivo del mundo celebrado, se encuentra en una zona de las mejores manifestaciones artísticas. Por eso, para concluir de verdad, transcribo estas coplas recientes de Pérez, que en mi opinión pertenecen al más amplio y genérico campo de la poesía, y muestran que, desde esta forma antigua, es posible seguir contribuyendo a la belleza del mundo:

La lechuza, cuando es noche,
sentadita en una rama,
con un ojo mira el mundo
y con el otro lo cambia.

En qué tratos andarán
los cipreses y la muerte
que apenas se les ve
la sombra por las paredes.

La vicuñita se mira
irse yendo con el agua
y triscando por las piedras
salvagadita se alcanza.

(Notas)

¹ *El camaval en el folklore calchaquí*; Raúl Augusto Cortazar; Sudamericana, Buenos Aires 1949.

² Entre 1926 y 1942 publicó los cancioneros populares de La Tamara, Calta, Jujuy, Tucumán y La Rioja.

Del libro «La identidad como problema» de Santiago Sylvester. EUNSA. Eudem. 2012.-



AÑOS DE EXPERIENCIA
APOYANDO LA CULTURA
LITERARIA SALTEÑA



Los Antiguos
Mincros

SALTA

Historias
de la Provincia

MEMORIAS
DE SALTA

La más amplia variedad
de servicios editoriales

Córdoba 714 | Tel. 54 387 4234572 | libros@mundograficosa.com.ar | Salta 4400



¿Y quién se va a olvidar de Héctor Tizón?

Rodolfo Alonso

Rodolfo Alonso: Nació en Buenos Aires en 1934. Fue uno de los más notables integrantes de una generación que se expresó a través de la revista 'Poesía Buenos Aires', y que abarca la publicación de más de veinte volúmenes. Es ensayista, editor y llevó a cabo una importante tarea de traductor, destacándose en ésta la de Fernando Pessoa. Con motivo del fallecimiento de Héctor Tizón, nos hizo llegar esta nota que incluye una breve poesía en su memoria.

Los años nos permiten, a veces, algunos privilegios. No es de los menores, según mi criterio, haber podido asistir a la realización de los amigos. Hace un buen lapso ya, en la misma entrañable Maimará (donde nació Jorge Calvetti) la lluvia nos inclinó a refugiarnos, con Héctor Tizón, en uno de los dos únicos boliches del pueblo. Afuera, sobre el frente de adobe, un pequeño cartel ingenuamente rústico seguía rezando *Los Naranjos*. Adentro, en un ámbito que como el rayo y sólo por un instante me sugirió a Macondo, porque nadie confunde a la Quebrada, mientras entre las sombras que iban prosperando a nuestro lado veíamos las pesadas gotas de la tormenta chorreando, desde un cobertizo de caña, contra la luz de un farol colgado en la pared del patio, alrededor de una jarra de vino ambos dialogamos una eternidad. O más bien yo lo escuché hablar a él, que lo hacía magníficamente, con ese tiempo fraternal y hondo que también solía regalarnos, por ejemplo, desde la galería de su casa en Yala.

Entre tantas fértiles palabras tuyas, hubo algunas que me quedaron vivamente grabadas, que me impactaron bien a fondo. Tizón mencionó entonces una fecha redonda en el tiempo futuro, un mojón en el devenir, digamos equis años, y de inmediato calculó cuantas novelas podían escribirse en ese espacio.

Bien sabemos que el tiempo no sólo suele resultar elástico, sino también mañero



HÉCTOR TIZÓN
1929-2012

*La Puna se ha quedado menos sola.
Nunca se va a olvidar de Héctor Tizón.
Se están yendo los míos. Mis mayores
cercanos. Y me quedo más solo.
Pero encendido adentro de recuerdos
fecundos.*

Rodolfo Alonso
30-VII-2012

y engañoso. La eternidad puede ser un instante, y el tiempo arrastrarse y sobramos como para que imaginemos tener que matarlo. Ahora, a la distancia, me alegra enormemente no sólo que Tizón haya podido ofrecernos —y ofrecerse— esos hermosos, tocantes libros trabajados por su vida que fue produciendo desde entonces, con la misma morosa y honda serenidad con que sabía conversar tan sabrosamente, sino también que esos libros hayan conseguido el auténtico milagro, y aún en tiempos áridos y ácidos, de hacerse carne con la apasionada atención de muchísimos lectores.

Los mismos que encontraron en *Tierras de frontera*, por ejemplo, bajo la forma de papeles y escritos tantas veces de circunstancia, surgidos y forjados con la misma intensa expresividad del transcurrir, o como en ese reciente *Memorial de la Puna* que él mismo calificó de último, algo así como la frescura de verde y agua en una siesta, muchas otras verdades del escritor y el hombre. Esas que Héctor Tizón solía entregarse y entregarnos, cuando charlaba morosa y largamente entre amigos, junto con la creciente oscuridad del crepúsculo en su tierra, mientras caía la noche y se abría la confianza, con todo el tiempo del mundo para la proximidad, las historias y la fábula.

Se están yendo los míos, mis cercanos mayores. Y me quedo más solo. Pero eso sí, encendido de recuerdos fecundos.

Salta, nuestro lugar en América



www.saltamerica.org.ar - Tel: +54-0387-4218347 - Juramento 420 - of. 1 - C.P. 4400 - Salta - Argentina

Historias de titiriteros

Vuelo



En el llano venezolano, después de dar una función, alguien me dijo si quería ir con mis títeres a la selva. Quise saber cómo llegaríamos. Me respondió que no había caminos. Tendríamos que ir en un avión sanitario.

Les conté a mis compañeros y me dijeron festivos que me cuidara de las plantas carnívoras.

Entusiasmado, pensé que vería desde el aire el Catatumbo, ese relámpago intermitente, destellando en el cielo azul de Maracaibo.

En las noches, mientras esperaba, con mi anfitrión Eduardo di Mauro, nos encendíamos hablando del títere de guante y su mundo maravilloso.

Al principio, para pasar las horas, cuando bajaba el sol, caminaba hasta la plaza con la estatua de Bolívar y su habitual corona de flores frescas.

Luego de dos semanas, ya me iba hasta el gran árbol de mango que la noche deslucía al final del pueblo. Los amigos se mostraban imprecisos, elusivos a la hora de darme noticias de mi partida.

Entonces rumbo hacia la vereda angosta donde, recién duchados, ponían, el padre su reposera y el niño su reposera de juguete y cada uno, con su botellín de cerveza, miraban el ir de la gente agobiada por el calor.

El tiempo parecía girar sobre sí mismo como las lentas aspas de los ventiladores de techo y la espera se tornaba exasperante.

Tratando de olvidar la ida a la selva, hacía funciones y colaboraba con los jóvenes títeres.

Tanto esperé que al fin, con severidad, pregunté a mis colegas por qué no me buscaban.

Por primera vez se pusieron serios.

En voz baja, como disculpándose, contaron que en ese vuelo habían preferido no llevarme. El avión cayó y murieron todos.

Quedé en silencio.

Pensando.

Mirando lejos.

Como quien oye zurear una paloma.

Gabriel Castilla



CARAPARI S.A.

CONSTRUCCIONES - MINERA

12 DE OCTUBRE 793/7 - TEL.: (0387) 4313682 FAX: 4310339 - 4400 SALTA